

## CAPÍTULO PRIMERO

### Un filósofo por fuerza.

Hacia el año de 1854, vivía en un pequeño pueblo de Castilla, y muy cerca de Madrid, una familia bastante numerosa y bastante pobre.

El jefe de ella, hombre de cuarenta y cinco años, honrado militar, con algunas heridas y algunas cruces, se había retirado allí, á causa de la baratura y belleza de aquella aldea, situada del modo más pintoresco.

Era un hombre recto y probo, pero rudo; el antiguo y severo honor español parecía haberse refugiado en él, cansado de buscar en el resto del mundo pechos donde albergarse, y hubiérase dicho que allí se hallaba tan bien como si hubiera sido su propia casa, y que mirándola ya como á tal, no pensaba dejarla nunca.

Don Fernando de Villena, que así se llamaba, había llegado á capitán por toda recompensa de sus largos servicios á la patria, y hacía unos cinco años que á causa de un padecimiento del estómago le habían puesto en la mano su retiro.

Ya hacía tiempo que se hallaba entonces con su esposa y seis hijos á quienes dar pan; y calculando que podría comprar muy poco con los escasos recursos que el Estado le señalaba, pensó en retirarse á Villanueva del Pardillo, pequeña villa de la provincia de Madrid y situada á cuatro leguas de la corte.

—¿Qué hará nuestra pobre Carolina en el pueblo, contando ya catorce años? preguntaba á su marido la esposa de D. Fernando con las lágrimas en los ojos.

—¿Qué hará? respondía el antiguo militar; ¿qué ha de hacer? lo que hagas tú: coser, rezar, pasearse.

—Eso basta para mí, que ya no soy joven ni bonita, querido Fernando; pero ¿no es un dolor encerrar en un rincón del mundo los hermosos ojos azules y los cabellos castaños de Carolina?

—Los hijos deben seguir la suerte de sus padres.

La pobre madre callaba, porque el carácter áspero é intolerante de su marido no permitía mayores objeciones; y además, ¿qué hubiera adelantado con ellas? Demasiado conocía la pobre mujer su absoluta carencia de recursos, y ella misma convenía en que no podían vivir en ninguna capital; pero, esto no obstante, lloraba á sus solas y murmuraba con acento desconsolado:

—¡Los otros cinco aun son pequeños! ¡pero mi

pobre Carolina! ¡encerrada allí, y para siempre tal vez!

A pesar de todo, la familia se puso en marcha para la aldea en un hermoso día de primavera: el padre iba satisfecho, como una persona que cumple con su deber; la madre, llorosa y afligida; los niños corrían y jugaban; y Carolina, causa inocente de la tristeza de su buena y amorosa madre, corría y jugaba con ellos, con toda la alegría de sus catorce años.

Cuando digo que los hijos de D. Fernando corrían y jugaban, no debo suponer que piensen mis lectores hacían á pié el trayecto de cuatro leguas que separan á Villanueva de Madrid; nada de eso; toda la familia iba en un carrito cubierto, propio del ordinario del pueblo, el cual sólo les contaba á peseta los asientos del padre, de la madre y de Carolina, y á dos reales los de los cinco niños; total, veintidós reales el viaje de toda la familia.

Pero los diez reales de los asientos de los niños, y aun los cuatro que importaba el de Carolina, era casi inútil el haberlos gastado; porque, apenas salieron al campo los muchachos, saltaron del carrito y echaron á correr por el camino como una bandada de palomas.

Poco después, D. Fernando, mecido por el movimiento, aunque ingrato, del carruaje, se durmió profundamente.

Su esposa aprovechó aquella inesperada sole-

dad para llorar á sus anchas, lo que casi nunca se atrevía á hacer en presencia de su marido.

Era, á la sazón, una mujer de treinta y cinco años, que aun conservaba restos de una gran belleza, aunque marchita por los pesares y las privaciones: su estatura era regular y esbelta, y sobre su cuello, un poco largo y enhiesto, se levantaba su cabeza pequeña, fina é inteligente, cubierta de cabellos negros, entre los cuales se destacaban algunas hebras de plata: sus ojos eran negros y rasgados. aunque se notaba en ellos una expresión muy triste: su boca, fresca, á pesar de la palidez de sus labios, conservaba una admirable dentadura: tenía la nariz aguileña y noble, la frente despejada, y un aire de dulzura y de bondad que embellecía aún todas las gracias que le había concedido la naturaleza, y que sin duda habían brillado mucho en mejores días.

Llamábase Berta, y no pocas veces este altivo nombre había sido objeto de las burlas de su marido, que nada entendía de poesía, ni en la forma ni en el fondo.

Pocas mujeres podían compararse, sin embargo, en belleza, gracia y distinción, á la joven Berta cuando casó con Fernando, teniente entonces de uno de los regimientos que se hallaban de guarnición en Barcelona.

Tenían entonces, él veinticuatro años, y ella diez y nueve: él era gallardo, elegante, hablador, petulante y jugador con mediana suerte: vió á

Berta una noche en el teatro, y á pesar de estar formalmente comprometido con otra joven que le amaba mucho, resolvió emprender la conquista de Berta, que hacía un papel muy brillante en la ciudad por su belleza y su talento.

Otro motivo había además que le impulsaba á desearla por esposa. Berta tenía unos doce mil pesos de dote, que su padre, honrado comerciante que murió muy joven, había podido dejarle: Berta había perdido también á su madre cuando apenas contaba diez y seis años, y había quedado encomendada á un tutor, amigo de su padre, hombre excelente, que adoraba á su pupila y la acompañaba á todas partes.

El flamante y vanidoso teniente tuvo poco que hacer para captarse la voluntad del tutor y de la pupila; la pobre Berta cayó en aquel lazo de oro-pel que bien pronto debía oprimir su garganta; se enamoró perdidamente del joven militar, que montaba muy bien á caballo, que chapurraba el francés y el inglés, que cada día estrenaba botas y guantes; parecióle muy preferible á algunos honrados negociantes catalanes que la hubieran hecho su esposa llenos de gratitud, y que le ofrecían una adoración sin límites, si bien con formas algo rudas é ingenuas. En fin, Berta dió su mano á Fernando, que bien pronto dilapidó en el juego y en su lujo personal el modesto dote de aquélla, ganado por su padre á costa de tantas privaciones y de tan ímprobo trabajo.

33872

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1880. 1825 MONTERREY, MEXICO

Más adelante tendremos ocasión de hablar, lectores míos, del martirio del corazón que durante muchos años sufrió la pobre Berta, tan distinguida, tan delicada y pura, al lado de aquel hombre grosero y materialista, que había dejado su dorado barniz detrás de la puerta de la iglesia el día que se casó, del mismo modo que se deja en un baile de máscaras un antifaz que incomoda; ahora nos contentaremos sólo con hablar de su instalación en la aldea.

Cerca de la caída de la tarde llegaron á Villanueva: los niños, que habían corrido la mayor parte del tiempo, iban cansados: eran tres varones y dos hembras, y contaban, la mayor, que era la que seguía á Carolina, doce años; once el siguiente, y nueve el menor; los otros dos eran una niña de siete y un niño de seis.

Hortensia, que era la que seguía en edad á Carolina, era una bella criatura que se parecía á su madre: tenía la tez trigueña, y negros los ojos y cabellos: su hermana era más suave, más débil, por decirlo así.

Imagináos una niña de catorce años, alta, blanca y sonrosada, con hermosos ojos azules y cabellos castaños, que, mirados á una buena luz, presentan reflejos dorados y brillantes, y tendréis un retrato aproximado de Carolina.

Su boca, fina y rosada, era melancólica; su frente despejada, sin ostentar esa anchura que raya en la deformidad; su nariz pequeña y gra-

ciosa; sus cejas de seda parecían trazadas, según su delicadeza, con un pincel; sus largas pestañas rubias daban á su rostro virginal y puro un aspecto de sensibilidad y de pasión, del cual era muy difícil defenderse: era vivaz sin ser alegre; afectuosa con reserva; melancólica con dulzura y mansedumbre sin igual: á un tiempo delicada y sufrida, valerosa y débil, enérgica y suave, casta y apasionada; y todas estas dotes, tan diferentes entre sí, estaban repartidas por la mano divina del Eterno con tal acierto, que unas servían para realzar las otras.

Tal era Carolina: su alegría durante el camino era sincera: vivía en Madrid hacía ya mucho tiempo, y la vida de Madrid, en la escasez, es insoportable, sobre todo para los niños.

Su padre, cuyo regimiento había estado de guarnición en la corte durante los últimos años de su servicio activo, se había vuelto regañón é insoportable, mucho más de lo que antes lo había sido: cuando le dieron el retiro á causa de la dolencia que él había adquirido con su vida desordenada, su mal humor subió hasta un punto increíble: y no sólo su esposa, sino hasta el más pequeño de sus hijos, miró casi como una felicidad la marcha á la aldea, calculando que tal vez así se calmaría su irascible humor.

Sin embargo, la pena torturaba cruelmente el corazón de Berta al pensar en la suerte futura de sus hijas, sobre todo de Carolina, cuyas gracias

adquirían mayor mérito ante sus ojos de madre.

Cuando llegaron al lugar, el carricoche se detuvo á la entrada de la primera calle: allí estaba situada la casa que debía habitar aquella pobre familia.

El que duerme en un carruaje se despierta cuando éste pára, y esto sucedió á D. Fernando no bien hubo cesado el movimiento del suyo.

Frotóse los ojos con ademán grosero, y dijo con la voz entorpecida por el sueño:

—¡Hola! ¡ya hemos llegado! Bueno: vamos, niños, abajo todos.

La prole, que hacía un rato había subido, saltó al suelo muy alegre, y entraron todos en la casa.

Era ésta grande, destartalada, fría: á pesar de ser aquél un hermoso día de Mayo, se advertía en ella un ambiente helado y húmedo: las inmensas chimeneas estaban llenas de polvorosas cenizas: grandes sillones de vaqueta negra, muy viejos, estaban diseminados aquí y allá: aquel antiguo caserón pertenecía á un título joven, rico y elegante, que no queriendo vivir en la aldea, había mandado á su administrador que lo alquilase, por un módico precio, á quien quisiera habitarle: aquel año le había tocado al retirado y á su familia, por haber muerto el anterior una vieja devota y regañona que le ocupaba hacía lo menos diez y ocho.

Así, pues, los viejos muebles, con los que se alquilaba, y hasta las paredes de la casa participaban de la incuria sórdida y triste que siempre

ha sido compañera inseparable de la beatería: las mesas estaban llenas de gotas de aceite y sebo; los sillones desclavados y raídos; los vidrios de los antiquísimos balcones, llenos de polvo; las molduras doradas de las chimeneas y los marcos de algunos cuadros de remoto origen, del todo negros.

Berta sintió que su corazón se oprimía mucho más de lo que lo estaba, ante el aspecto ruinoso de aquella triste vivienda: preguntó con voz ahogada si había jardín, y una anciana, que era la encargada de guardar las llaves, y por consiguiente la persona que los instalaba, le dijo que lo había, y muy hermoso.

Berta se informó del camino: estaba al fin del gran patio, y se bajaba á él por una escalera de piedra negra y tan húmeda, que entre sus grietas habían brotado muchas yerbecillas.

Carolina y Hortensia siguieron á su madre brincando como dos cervatillos: el jardín era hermoso, en efecto, á pesar de extenderse también á él el sórdido abandono que dominaba en las habitaciones: componíase de dos grandes calles que formaban tres separaciones: de éstas, una estaba llena de flores, y las otras dos sembradas de verduras: grandes árboles frutales se elevaban en todo el jardín, prometiendo á los niños rica cosecha de meriendas y almuerzos.

Dos fuentes caudalosas y cristalinas ocupaban el medio de las dos calles: y alrededor de los pilones de piedra, una mano previsora y deseosa de

obsequiar á los nuevos huéspedes había colocado algunas macetas de albahaca, de geranio y de claveles.

Las dos calles iban á parar á otra transversal que cruzaba el jardín, y que estaba plantada de alisos y álamos jóvenes y lozanos.

A lo último de esta calle, y formando ya ángulo con la tapia, había un enorme tilo que elevaba su pomposo ramaje de brillantes hojas como un plumero de esmeraldas.

Sobre el jardín se elevaba un cielo azul, radioso y puro, alumbrado por el espléndido sol de Mayo.

Berta, consolada, casi alegre, extendió sus miradas por tan hermoso panorama, y vió á su marido que entraba en el jardín: entonces, dominada por su emoción, corrió hacia él y le dijo echándole los brazos al cuello:

—¡Oh amigo mío! ¡qué hermoso, qué hermoso es esto!

—¡Sí, sí, está bien! ¡es muy hermoso! respondió brutalmente Villena; ¡muy bueno! pero te anuncio que todo se va á variar! ¡Pues estábamos frescos con tener sólo una huerta de recreo para la señora y las señoritas! ¡Vaya, vaya! ¡por mi nombre, que no faltaba más!

Como se ve, el Sr. D. Fernando de Villena, hijo tercero de un Marqués muy pobre, juraba también, cuando tenía gana de hacerlo: su infeliz esposa bajó la frente, y ya se retiraba confusa y afligi-

da, cuando vió venir sonriendo á sus dos hijas.

—¿Qué tienes, mamá? preguntó Carolina, que más perspicaz ó más cariñosa que su hermana, fué la primera que vió lágrimas en los ojos de Berta.

—Nada, nada, hija mía, repuso ésta abrazando á las niñas; soy muy feliz, á pesar de todo, al veros tan contentas.

Madre é hijas siguieron su paseo por las grandes calles del jardín, en tanto que Villena recorría solo el extremo opuesto, meditabundo, adusto y silencioso, pensando en que allí no debía pasarse mal la vida, y en que, mala ó buena, debía contentarse con ella, porque todo tiene sus contras en este mundo.

Como se ve, la pobreza y la enfermedad habían hecho del militar calavera un filósofo profundo y verdadero.

¡Cuántos filósofos hay como Villena en el mundo!

Su conformidad es hija de su desgracia; pero en el fondo de su alma culpan de aquélla á su destino, sin pensar, ni por un instante, que si hubieran sido filósofos cuando tenían, no hubieran llegado á la pobreza que abominan.